

zona, no dejando hacia el medio más que pasajes estrechos. Desde la desembocadura del Ouse septentrional á la del Mersey, Inglaterra estaba cortada en dos, y, para ir desde la región del Mediodía á la del Norte, los viajeros habían de servirse de guías para caminar por los difíciles senderos de los bosques, evitando los fondos pantanosos y las infranqueables turberas. Una población escasa, semi-salvaje, esparcida en islotes donde los recaudadores de impuestos los hallaban con dificultad, vivía en aquellos terrenos bajos; los términos de *fenny* y de *moorish* aplicados á esos «laguneros», eran en el lenguaje usual sinónimos de «zafios» y de «bárbaros»<sup>1</sup>.

Venidos de los estuarios orientales, los Angles, Jutes y Sajones que penetraban en la isla, habían de establecerse siguiendo los caminos que la Naturaleza les había trazado. Pero la historia no ha seguido su marcha: lo que pasaba en esas regiones lejanas del gran Norte quedaba desconocido de los escasos analistas que todavía practicaban la lengua latina. El país se encontraba dividido en cierto número de principados independientes que guerreaban entre sí y cambiaban con frecuencia de forma, según los tratados y las herencias. En medio del siglo VII se contaban siete pequeños Estados, sin contar los que formaban los Bretones rechazados en las Galias y en la Cornouailles; de ahí el nombre de «heptarquía» que se daba al conjunto de los reinos anglo-sajones de Inglaterra, nombre además inexacto, puesto que ninguna convención especial había sido la causa de esta división.

La unidad política de las monarquías inglesas no se hizo hasta el principio del siglo IX, cuando Egberto, parcialmente elevado á la corte de Carlomagno, engrandeció su reino de Wessex uniéndole todos los otros Estados anglo-sajones. Lo que le ayudó quizá en esta obra fué que todos los hombres de su raza se encontraban entonces igualmente amenazados por otros invasores, los Dinamarqueses y Normandos. A su vez éstos seguían los caminos del mar que les habían enseñado los Angles y trataban de apoderarse de los mismos territorios, ó, á lo menos, á limitarlos en su provecho. Obligados á replegarse sobre sí mismos para hacer frente á los piratas

<sup>1</sup> W. Denton, *England in the ifteenth Century*, ps. 138 á 144.

que los atacaban por sorpresa sobre mil puntos de la costa, los Angles quedaban para lo sucesivo detenidos en su propia expansión; no podían ya continuar sus conquistas ni en Escocia contra los Bretones rechazados y los Gaels de los altos valles, ni en Irlanda contra los Scots y otras tribus célticas: para ellos comenzaba un nuevo período de la historia.

Así se terminaba definitivamente en las islas Británicas el período propiamente dicho de la emigración de los Angles, como se había terminado la de los Vándalos en Mauritania, la de los Suevos, Alanos y Visigodos en España, de los Ostrogodos en Italia y de los Francos en las Galias. La retaguardia de los invasores germánicos consistía en Lombardos y en Sajones, que, cerca de un siglo después de Odoacro, en 568, franquearon los Alpes y se apoderaron del valle del Po — la Lombardía actual, — así como de una gran parte del resto de Italia. El rey Antarico cabalga hasta Rhegium, frente á la Sicilia, y, siguiendo una antigua costumbre, toma posesión del suelo haciendo una raya con su lanza y diciendo: «¡Hasta aquí se extiende el reino de los Longobardos!» Pero ya los recién llegados estaban semi-civilizados, y bajo su gobierno, como antes bajo el de los Ostrogodos, la sociedad, continuando los trabajos de la agricultura y de la industria, pudo considerarse todavía romana. La península Itálica se hubiera vuelto completamente lombarda si los papas, nombrados por esos conquistadores, no hubieran llamado á los Francos de Austrasia que, bajo Carlomagno, se hicieron los amos de la Europa occidental.

Durante este período de la invasión y del establecimiento de los bárbaros, la Iglesia católica había conquistado una gran potencia material. Impulsada por lo que quedaba de la civilización latina, con la cual formaba cuerpo para lo sucesivo, había penetrado gradualmente por las vías históricas hacia todos los centros de comercio, y desde allí se había extendido á los lugares apartados. La leyenda se refiere de distinto modo, pero de una manera errónea. Según las narraciones de los hagiógrafos, los apóstoles, los compañeros y las compañeras de Jesús desembarcaron en las Galias desde los primeros años que siguieron á la crucifixión, y los habitantes del país merecieron, en cuanto fueron convertidos, el nombre de «hijos

primogénitos de la Iglesia», reivindicado por los católicos franceses. Respecto de los otros países, se refieren historias análogas: los discípulos del Salvador, repartiéndose el mundo, se dirige cada uno hacia la comarca cuya conversión le había sido asignada; hasta hubo



RÁVENA — LA RESURRECCIÓN DE LÁZARO  
Bajo-relieve de una urna bizantina.

uno de ellos, Tomás, que desembarcó en la India sobre la costa de Malabar. Pero la historia, tal como la han revelado las inscripciones y las crónicas, nos muestra que esas conversiones repentinas y milagrosas no existieron más que en la fácil imaginación de los frailes: el cristianismo se propagó de la misma manera que la lengua latina, siguiendo el aparato nervioso que le suministraban los caminos y los mercados. En la Galia se instaló primeramente en las ciudades semi-griegas y romanas de Marsella, Aix, Arles; remontó por el camino del Ródano hacia Vienne, y sobre todo hacia el primer centro, que ejerció en lo sucesivo una influencia positiva: Lyon, punto de

divergencia de los caminos que se dirigían hacia Helvecia, Germania, Bélgica y Bretaña; pero en tanto que se propagaba rápidamente á lo largo de los caminos activamente frecuentados, penetraba con mucha lentitud entre los *pagi*, los «paganos», separados de los grandes



RÁVENA — EL REDENTOR  
Bajo-relieve de una urna bizantina.

centros de comercio y conservadores de las antiguas costumbres. El cristianismo naciente en la Galia encontró algunas individualidades cuyo entusiasmo dobló sus virtudes, tal fué San Martín, quien, merced á la influencia de su rectitud, de su justicia y de su bondad, hizo mucho por la unión de los primeros elementos de Francia, desde Tours á Amiens; sin embargo, cuatro siglos después del apostolado de Pablo, las provincias centrales de las Galias eran todavía paganas. El papyrus estudiado por Leopold Delisle nos relata la dedicación de una iglesia fundada en Ginebra, en pleno siglo XVI, sobre las ruinas recientes de un templo pagano, y, no obstante, la ciudad helvética

está situada sobre un camino seguido en todo tiempo por numerosos viajeros<sup>1</sup>. En aquella época se conservaba todavía el paganismo primitivo en alguna región aislada, y en nuestros días se observan prácticas incontestables de su existencia.

Puede afirmarse que, desde ciertos puntos de vista, las regiones de Francia que permanecieron más tiempo paganas son precisamente las que han mostrado más empeño en proveerse de santos patronos. Una octava parte de los municipios de Francia tienen el nombre de un «santo», sin contar los que tienen otra denominación religiosa, original ó alterada. De todos los patronos, San Martín parece haber sido el más popular, ya que cuenta con 238 pueblos bajo su protección: pues la historia del obispo Martín, que vivió al fin del siglo IV, es aquella cuyas fiestas, leyendas y milagros se confunden más con los cultos y los mitos de los dioses anteriores. La capa de San Martín sirvió de estandarte á los reyes francos, pero al asceta cristiano se atribuían también los prodigios del antiguo Wuotan. Las regiones de Francia donde los santos abundan más, son las de la vieja Galia, Bretaña, Vendée, Limousin y Périgord, Auvernia y Cévennes: el departamento que á este respecto se halla en primer término es el del Ardèche (30,5 por 100). Como antes hemos indicado, estas regiones son aquellas cuya vieja población de origen pre-romano y pre-germánico representa el fondo conservador por excelencia de la nación: los santos patronos no son más que los antiguos dioses bautizados por la Iglesia.

Sobre las fronteras del Nordeste y del Este, que sufrieron fuertemente la influencia de sus inmigrantes germánicos, los nombres de santos no se encuentran más que en la proporción de la vigésima á la quincuagésima parte en toda la serie de los pueblos<sup>2</sup>.

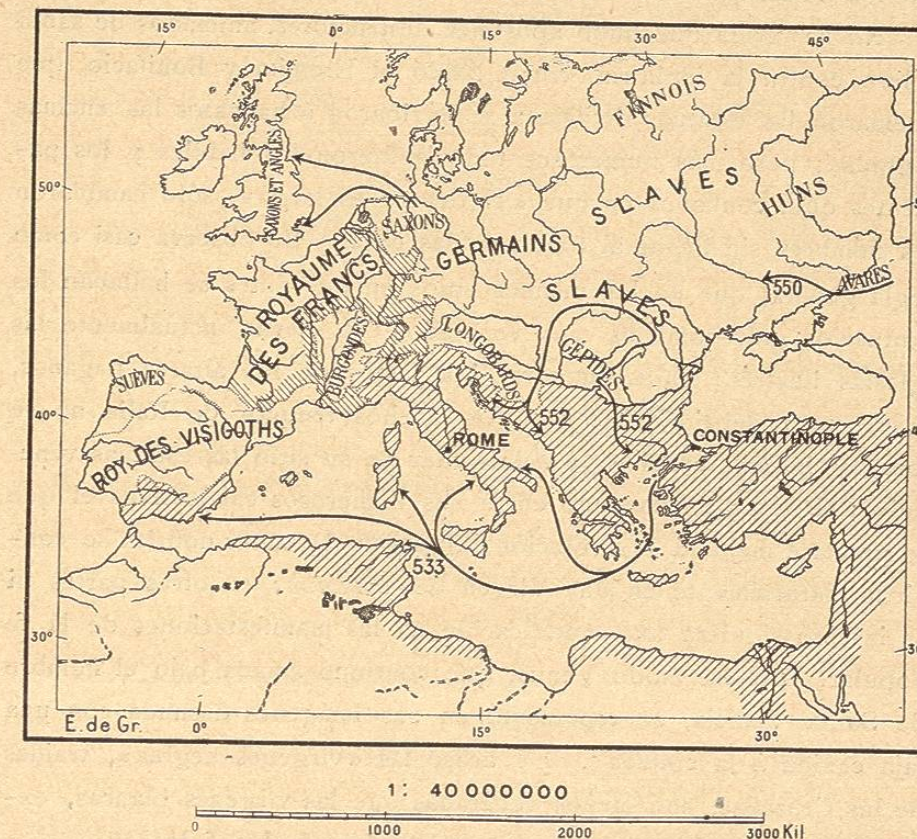
Compréndese, pues, de qué modo la unidad aparente de la religión cristiana debía corresponder á una gran diversidad positiva de los cultos en el conjunto de los Estados que reemplazaban al Imperio: cada provincia, cada ciudad conservaba sus dioses, casi siempre disfrazados bajo nombres nuevos, ó al menos modificados por una nueva ortografía. Asimismo los mitos sólo tuvieron que cambiar de traje.

<sup>1</sup> Gaston Boissier, *Revue des Deux-Mondes*, 15 Junio 1866, ps. 998 y siguientes.

<sup>2</sup> P. Joanne, *Dictionnaire statistique et administratif de la France*.

Jesucristo nos aparece en Oriente como otro Mithra, como un Thor en Escandinavia. El árbol de Natividad, que simboliza la esperanza universal de la primavera á través de las nieves del invierno y que debió, en consecuencia, ser consagrado á los dioses paganos que representan las fuerzas victoriosas de la Naturaleza, figura actualmente

N.º 275. Europa de 526 á 552.



Bajo el reinado de Justiniano (527-565), el imperio de Oriente se reconstituye; desde Armenia á la Bética, desde Africa al valle del Po, se hacía sentir la dominación de Constantinopla; pero las invasiones de los pueblos eslavos hacia la península báltica continúan — el trazado de sus emigraciones está copiado de Andrés Lefèvre, — y de nuevo una horda asiática, la de los Avars, se dirige hacia Europa.

en las fiestas juveniles el renacimiento del año al mismo tiempo que la «natividad» de Jesús en su establo, entre el asno y el buey, los dos ayudas y amigos del labrador pobre. Las leyendas por las cuales los místicos cristianos tratan de elevar sus almas hacia las concepciones elevadas, son también en su mayor parte de origen pagano,